
Seguridad en Asia Central y Meridional

*Eugenio Anguiano**

Introducción

Con el fin de la guerra fría y la desintegración de la Unión Soviética han surgido tanto nuevas posibilidades para un mundo de paz y relativa estabilidad política, como reajustes geopolíticos de gran envergadura que han conducido a nuevos conflictos entre naciones, a la aparición de vacíos de poder que están siendo llenados a través de realineamientos entre grupos de países, en función no de alianzas sistémicas sino de balances casuísticos de poder y, en suma, a nuevas presiones de desestabilización potencial regional y global.

En el caso de Asia Central, los reajustes fronterizos y de las relaciones entre naciones de la región y fuera de ella, ocurridos a partir de diciembre de 1991, han sido de una magnitud sin precedente en los últimos dos siglos y medio. En esa fecha, las cinco Repúblicas Soviéticas de la zona —Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán— declararon sucesivamente su independencia y, aunque quedaron en ese mismo mes adheridos a la llamada Comunidad de Estados Independientes (CEI), propulsada por la Federación Rusa, modificaron de todas formas las fronteras y el mapa político de Asia. Después de 70 años de dependencia formal del comunismo soviético y de más de 200 años de dominio colonial del zarismo ruso sobre la región, estos cinco nuevos Estados nacionales, que abarcan una superficie territorial de 3 494 400 km², sin otro litoral que una parte del Mar Caspio —un mar interior— y una población de 54 800 000 personas (1995), reclaman su propia soberanía y buscan su consolidación nacional.

A pesar de pronósticos fatalistas, los reajustes observados en esta parte central asiática no han desembocado en guerras fronterizas, tampoco en sangrientas luchas tribales como las registradas en la ex Yugoslavia. Sin

* Coordinador del Programa de Estudios APEC de El Colegio de México.

embargo, en el primer lustro de vida de las noveles entidades nacionales, herederas de los antiguos imperios nómadas de las estepas,¹ se han perfilado tendencias que pueden conducir a conflictos político-geográficos de variada naturaleza. En las siguientes páginas se ofrece un análisis de la situación prevaleciente en las cinco repúblicas centroasiáticas, en lo relativo a la seguridad de cada Estado, las políticas internacionales que cada una ha seguido y el papel de las potencias regionales o extrarregionales que más influencia tienen en la vida de esos países.

Por lo que se refiere a Asia Meridional, los efectos de la posguerra fría sobre problemas seculares que afectan la seguridad y estabilidad regional, como el recurrente conflicto indio-pakistaní, se han manifestado de formas variadas, pero sin que se pueda hablar de un empeoramiento de la situación. La inabarcable guerra civil en Afganistán, herencia directa del periodo del bipolarismo de poder mundial, plantea reajustes en las alianzas regionales que involucran, por un lado, a Rusia, India e Irán y, por el otro, a Pakistán, Turquía, algunos países árabes del Golfo Pérsico y a Estados Unidos. Estos dos ejes o alianzas en embrión buscan también atraer el apoyo de las cinco repúblicas centroasiáticas y de China, en un proceso dinámico y casuístico del que es imposible, por ahora, deducir el tipo de bloques o alianzas más permanentes que pudieran consolidarse en un futuro más o menos cercano.

La descripción que se hace de las correlaciones de fuerzas de Asia Meridional y Central pretende servir para obtener un cuadro relativamente claro del tipo de coexistencia que se configura en esa parte del mundo, en ausencia de una confrontación global de carácter ideológico o entre sistemas irreductibles y antagónicos. El sistema de seguridad que parece prevalecer es uno de balances y contrabalances entre países emergentes y potencias intermedias, sin olvidar la influencia constante de una potencia global como Estados Unidos; de otra que va en transición de potencia regional a global como China; y de un país que ha perdido su imperio, pasa por serios problemas económicos y sociales pero pretende restablecer su esfera de influencia en Eurasia: Rusia.

Las consecuencias del fin de la guerra fría

Primero, el derrumbe del bloque político-militar de los países socialistas de Europa Oriental y, después, la desintegración de la Unión Soviética pusieron fin

¹ Véase René Grousset, *The Empire of the Steppes. A History of Central Asia*, trad. del francés por Naomi Walford, New Brunswick, Rutgers University Press, 1994, 687 pp.

a un sistema internacional que, no obstante su carácter de confrontación entre dos sistemas excluyentes, había evitado una nueva guerra mundial. La confrontación este-oeste tuvo, en lo militar, muchos campos de batalla limitados en espacio e intensidad; multitud de guerras “de baja frecuencia o convencionales”, “guerras por subrogación” o conflictos que teniendo raíces propias (revoluciones, guerras fronterizas, entre otros), fueron aprovechados y encontraron el respaldo material o moral de uno de los dos polos de poder mundial que sostenían una rivalidad “sistémica”. Empero, la acumulación y el perfeccionamiento de los medios masivos de destrucción impidió que alguno de los dos polos se lanzara a una campaña militar irrestricta, de hecho, ambos mantuvieron los enfrentamientos bélicos en su lugar de origen, lo que evitó su generalización. El equilibrio del terror —*Mutual Assured Destruction* (MAD)— dio al mundo una paz relativa por casi medio siglo.

Cuando ese equilibrio desaparece porque una de sus partes también deja de existir, la relación de balance bipolar y de otras combinaciones de contrapesos complementarias o subsidiarias tiene que reajustarse. Si bien el actual sistema internacional está formado tanto de relaciones reales de poder como de principios, doctrinas y normas de convivencia entre Estados-nación que proclaman ser soberanos, así como instituciones de la talla de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), es evidente que los aspectos de la seguridad nacional, regional o mundial siguen dependiendo en gran medida de la conjunción de fuerzas militares, económicas, tecnológicas y materiales que constituyen el poder real en el mundo.²

Asia Central

Desde el punto de vista estrictamente geográfico se ha considerado como la parte central de Asia a las que hasta diciembre de 1991 eran las repúblicas soviéticas de Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Algunos tratadistas han agregado a Afganistán; no obstante, si nos atenemos a las características físicas, culturales, económicas y políticas que distinguen a cada subdivisión, hay que aceptar la pertenencia de Afganistán a la zona meridional

² “El enfoque realista o de ‘política de poder’ es un sinónimo del concepto de *geopolítica*, el cual, por otro lado, es antónimo de los enfoques idealistas o ideológicos en el estudio de las relaciones internacionales. En tal contexto, la *geopolítica* corresponde más cercanamente al concepto tradicional usado en historia y ciencia política del análisis del *Realpolitik*”. Ver Raymond L. Garthoff, *Detente and Confrontation: American-Soviet Relation from Nixon to Reagan*, Washington, The Brookings Institution, 1994, p. 4.

de Asia. Esas entidades geográficas que se desprendieron de la soberanía soviética para constituir nuevos Estados nacionales tienen ahora que luchar, para consolidar su independencia, por medio de la estabilidad política, económica y social internas, lo cual dependerá de su propia capacidad nacional y de sus interrelaciones con otras naciones vecinas, especialmente la Federación Rusa, Turquía, Irán, Afganistán, Pakistán, India y China, así como con potencias militares y económicas extrarregionales como Estados Unidos, Japón y la Unión Europea (UE).

El surgimiento de estos cinco países planteó serias preocupaciones entre políticos y analistas en el sentido de que la etapa de transición sería tan caótica que conduciría a conflictos interétnicos similares o peores a los de los Balcanes o de Chechenia en Rusia; esto, a su vez, provocaría inestabilidad social y política en toda la zona central de Asia. La debilidad económica de tales países, acentuada por su dependencia histórica de la antigua economía soviética, ella misma en crítico estado de transición, suponía que la formación de economías nacionales autónomas de Asia Central era simplemente inviable.

En tal escenario, la presencia del islam en naciones vecinas como Irán, Pakistán y Afganistán así como el predominio de la religión musulmana entre las múltiples etnias que habitan la región hacían prever la expansión del fundamentalismo islámico en los países centroasiáticos, lo cual agregaría presiones desestabilizadoras en Rusia, en Asia Occidental y Meridional y en China. Por si esas posibles tendencias —guerras interétnicas, desastres económicos y ascenso del fundamentalismo— fueran poco, se agregaba, en el análisis acerca del futuro de las relaciones internacionales de la región, la posibilidad de una pugna entre potencias locales medias y potencias de alcance global por llenar los vacíos que dejaba la Unión Soviética al desmoronarse.

A seis años de distancia, las profecías del desastre están lejos de confirmarse, además de que las dificultades que enfrentan los nuevos Estados de Asia Central han dejado de ser un riesgo inminente de conflicto para la seguridad de Asia. Las cinco repúblicas, laicas a pesar del alto número de seguidores de la fe musulmana que hay entre sus pobladores,³ comparten la pérdida de producción interna, la disminución de sus economías y del nivel medio de vida de sus poblaciones, la inflación, el desempleo y la insuficiencia de capital externo para financiar inversiones e importaciones de bienes y servicios

³ Las constituciones o leyes fundamentales de las cinco repúblicas de Asia Central especifican que los nuevos Estados serán estrictamente seculares. Sin embargo, esas mismas leyes acreditan en todos los casos, excepto Kazajstán, el papel fundamental que ha desempeñado el Islam en la historia nacional y al cual se le reserva un *status* especial, si bien no claramente especificado, como religión nacional. Véase Martha Brill Olcott, "Central Asia's Islamic Awakening", *Current History*, abril de 1994, pp. 150-154.

necesarios para subsistir y para retomar el crecimiento, todo lo cual alimenta presiones desestabilizadoras.

Economía e independencia

El impacto de la crisis económica sobre las sociedades de Asia Central ha sido limitado en cuanto al surgimiento de conflictos que pongan en peligro la seguridad regional. En realidad, la problemática económica es distinta en cada país con respecto a los demás, tanto en términos de dotación de recursos naturales, como de nivel de ingreso nacional total y por habitante, tamaño de la población y capacidad de respuesta a la recesión económica que actualmente enfrentan.

Kazajstán y Turkmenistán cuentan con los territorios más extensos, los ingresos *per capita* más altos de la región; incluso, son más ricos que sus relativamente prósperos vecinos, Irán y Turquía. El principal recurso del subsuelo en Kazajstán es el petróleo; Turkmenistán, además de sus riquezas petrolíferas, posee la tercera reserva más grande del mundo de gas natural. Estos dos Estados, junto con Uzbekistán, son ricos en energía; por su parte, Kirguistán y Tayikistán son desafortunados en la dotación de hidrocarburos.

En conjunto, la economía de Asia Central sufre una profunda crisis que pone en riesgo el futuro de los países que la forman, como repúblicas independientes. Todas ellas han iniciado, apenas, su autonomía monetaria, con el *rublo tadjic* aún atado al rublo ruso y con el *som uzbeke* en constante devaluación. Dada la fuerte dependencia que las economías de la región tenían con la economía ex soviética, de la cual se habían convertido en proveedoras de materias primas como algodón, hortalizas y frutas, petróleo crudo y minerales diversos, a cambio de manufacturas y semimanufacturas a precios subsidiados, el principal problema que hoy enfrentan consiste en cómo reorientar esa dependencia, centralmente dirigida, a una basada en vínculos de mercado.

La idea de que la CEI supliera los tradicionales vínculos económicos entre repúblicas soviéticas por una especie de acuerdo aduanero, monetario y de cooperación económica entre socios independientes fue temporalmente aceptada por Kazajstán, Tayikistán y Uzbekistán. Sin embargo, en la medida en que los rusos han venido mostrando menor capacidad de operar como fuerza estabilizadora de la moneda y las finanzas de los países de Asia Central, y mucho menos de servir como locomotora que impulse el crecimiento de los miembros de la CEI, los gobiernos centroasiáticos han ido buscando otras opciones, algunas de las cuales encuentran la oposición más o menos disfrazada de Moscú.

Tal es el caso de la presión ejercida por Rusia para evitar que las cinco repúblicas de Asia Central jueguen un papel más activo en la Conferencia de Cooperación Económica (CCE), en la cual también están Irán, Turquía, Pakistán y Afganistán, además de Azerbaiyán, un país del Cáucaso, pero predominantemente musulmán y petrolero. En total, “10 países, 300 millones de personas y un considerable pedazo de Asia”.⁴ En sus reuniones cumbre, la CCE ha generado planes para el establecimiento de un banco de comercio y desarrollo del grupo, una compañía naviera y de aeronáutica conjunta y una empresa común de seguros. También hay acuerdos para facilitar en la región el libre tránsito de mercancías, el visado y la movilidad de empresarios y personas dedicadas a los negocios.

En casos como el de Kazajstán, las opciones de diversificación de intereses económicos y políticos son mayores que las de sus vecinos de Asia Central, debido a dos razones básicas: las reservas de petróleo disponibles y de otros minerales estratégicos que atraen a inversionistas europeos, sudcoreanos, japoneses y estadounidenses, y los acuerdos para dismantelar el arsenal nuclear que Moscú había desplegado en esta ex república soviética.

Con respecto al dismantelamiento, el gobierno estadounidense ha destinado o comprometido unos 400 millones de dólares (MDD) para ayudar al gobierno de Alma Ata al proceso de desactivación y destrucción de ojivas nucleares.⁵ A lo largo de 1995 se destruyó aproximadamente la mitad de las ojivas nucleares que Kazajstán poseía en 1992.⁶ También, los estadounidenses han estado cooperando con dinero y expertos para la consolidación de un centro binacional, estadounidense-kazako, de tecnología, especialmente orientado a apoyar a la industria nuclear de Kazajstán, la cual ha sufrido varios tropiezos, como un accidente en diciembre de 1994 en la planta nucleoelectrónica de

⁴ La CCE (*Economic Co-operation Organization*, ECO) se creó en 1985, para estrechar la cooperación económica entre los países musulmanes y establecer eventualmente un mercado común islámico. Los miembros fundadores —Irán, Pakistán y Turquía— operaban desde 1965 como “grupo de Cooperación Regional para el Desarrollo”; Afganistán, Azerbaiyán, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán se unieron en 1992. Ver *Asia 1996 Yearbook. Far Eastern Economic Review* (FEER), p. 106; y *Keesing's Record of World Events* p. R-148.

⁵ Cuando desapareció la URSS, surgieron súbitamente tres nuevos países poseedores de armas nucleares, además de las cinco potencias que ya tenían este mortífero armamento; uno de esos nuevos e inesperados miembros del “club nuclear” es Kazajstán (además de Belarús y Ucrania). Aunque el control de los mecanismos para lanzar los proyectiles equipados con ojivas nucleares los tuvo siempre Moscú, de todas maneras, la eliminación gradual de las armas nucleares que quedaron bajo la soberanía kazaja, tuvo que negociarse con Estados Unidos y Rusia, bajo la vigilancia de la Organización Internacional de Energía Atómica.

⁶ *Asia 1996... op. cit.*, p. 107.

Mangistausky, cerca del Mar Caspio, al igual que otros incidentes similares. El éxodo de trabajadores especializados y científicos rusos preocupa; por eso, una de las tareas del centro tecnológico es la capacitación de sustitutos de ese personal.

De las cinco repúblicas de Asia Central, Kazajstán es, sin duda, la de mayor potencial para consolidarse como una nación independiente e inmersa en la globalización que caracteriza al mundo actual. Las organizaciones económicas internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Corporación Financiera Internacional y el propio Banco Mundial, así como el Banco Asiático de Desarrollo han estado prestando y otorgando recursos a Kazajstán en forma creciente. Por su parte, los inversionistas privados extranjeros se sienten atraídos por su potencial energético y alentados por el avance gradual y consistente del programa de control de armamentos, en especial los nucleares. La mayor limitante para una participación del capital privado internacional más decidida, aparte de consideraciones estrictamente económicas como la débil infraestructura y otros problemas que limitan la rentabilidad de las inversiones, ha sido la actitud rusa de bloquear cualquier avance importante en la búsqueda de nuevas rutas para el transporte de hidrocarburos kazakos a países donde se paguen precios de mercado por el petróleo y gas natural, en vez de precios castigados a la baja como los pagados por Rusia.⁷

Los rusos han rehusado sistemáticamente que la empresa estadounidense Chevron Corp., construya un nuevo oleoducto para transportar crudo de los campos de Tenghiz a Europa; al mismo tiempo, cargan elevadas cuotas por el uso del viejo oleoducto heredado de la época soviética. Actitudes como ésta restringen las exportaciones de hidrocarburos, principal medio para una eventual reactivación de la economía kazaka.

Turkmenistán y Uzbekistán (el país más poblado con 42% del total de habitantes de Asia Central, el de mayor tradición cultural propia y de menor ingreso *per capita* de las tres economías mayores de la región), también cuenta con el apoyo de la comunidad financiera internacional (con las distorsiones que ello provoca).⁸ Sus relaciones con Rusia y el papel que juegan dentro de la CEI son relativamente menos estrechos y dependientes que los de Kazajstán. En

⁷ Por ejemplo, la empresa rusa *Gazprom*, compraba gas natural kazako a 8.70 dólares estadounidenses por cada 1 000 pies cúbicos, cuando el precio mundial estaba en alrededor de 80 dólares el millar de pies cúbicos. En gas condensado, pagaba 1.25 dólares por 1 000 pies cúbicos, cuando el precio internacional era de 18 dólares (*Ibid.*, p. 107).

⁸ En los cinco países de la región, los organismos internacionales han introducido programas de estabilización y privatización cuyo efecto inmediato ha sido la recesión económica. Además, la influencia de estos prestamistas es tal, que en la mayoría de los casos manejan la economía nacional. Véase Martha Brill Olcott, "Central Asia: The Calculus of Independence", en *Current History*, octubre de 1995, p. 337.

ambos casos, se observan esfuerzos internos y de inversionistas extranjeros por desarrollar la extracción de hidrocarburos y construir nuevas rutas para transportar ese recurso natural a otros mercados distintos del ruso, en el cual se les pagan, al igual que a los kazakos, precios inferiores a los internacionales, o se tienen que cubrir elevadas tarifas por usar los ductos rusos para transportar los hidrocarburos.

Kirguistán y Tayikistán tienen las economías más pobres de la región, una dotación de recursos naturales menos favorable que la de sus vecinos y densidades de población más altas que el promedio regional. Estos dos países cuentan con menores oportunidades para convertirse en economías nacionales viables; incluso, Tayikistán ha tenido que entregar prácticamente la administración de su economía a Rusia, mientras que Kirguistán supeditó su industria militar a una administración conjunta con Rusia. No hay que olvidar que los gobiernos de los dos países tienen acuerdos integrales de seguridad suscritos con Rusia, y que las fronteras de Tayikistán con Afganistán, al igual que las del relativamente más independiente Turkmenistán, están resguardadas por tropas rusas.

Conflictos interétnicos

El temor de que se produjeran guerras intestinas peores que las registradas en la ex Yugoslavia, una vez que hubiera desaparecido el control político-militar que Moscú ejercía directamente, ha disminuido notablemente en los últimos dos años. El único país donde se han librado combates internos, con tintes de lucha interétnico-política, es Tayikistán donde se calcula que la guerra civil desatada desde 1992 ha provocado más de 30 000 muertos (de una población total de 6 100 000 en 1995), cientos de miles de refugiados, además de que ha devastado la economía. Para sobrevivir, el gobierno de Dushanbe ha tenido que depender en forma creciente del apoyo militar y económico de Rusia y de Uzbekistán; a la vez que continúa negociando la paz con los opositores, grupos armados internos de musulmanes sunnitas. A pesar de que estas negociaciones están respaldadas por la ONU y participan potencias vecinas como Irán y Rusia, los resultados han sido muy limitados.

A diferencia de Yugoslavia, donde además de que había el recuerdo de conflictos recientes entre algunas nacionalidades, como croatas y serbios durante la época de la ocupación nazi en los años cuarenta, y un conflicto latente entre musulmanes y cristianos ortodoxos, en Asia Central las etnias dominantes han convivido por más largo tiempo sin confrontaciones importantes, bajo la tutela de rusos zaristas y bolcheviques. Además, el islam es la religión dominante y los diferentes grupos tienen estrechos vínculos culturales,

raciales, lingüísticos (cuatro de las nacionalidades dominantes son de lenguas túrquicas y con herencia cultural mongola, y sólo los tayiks son de lengua farsi y herencia persa) y otros antecedentes históricos comunes derivados de los llamados “imperios de las estepas”.

Como se puede ver en el apéndice estadístico, el Estado de Kazajstán es el más multirracial del grupo; los kazakos constituyen 42% de la población y los rusos 37%; de las otras nacionalidades de la región, sólo los uzbekos alcanzan una cifra de relativa importancia (2% del total). En el otro extremo están Uzbekistán y Turkmenistán, donde el núcleo central de la nacionalidad representa cerca de tres quintos de la población. La etnia uzbeka es la más extendida por los otros países de Asia Central, con más de 19 000 000 en los cinco países (85% habitan en Uzbekistán); representan hasta 25% de la población de Tayikistán y 13% de la de Kirguistán. Entre Kirguistán y Uzbekistán existen las más serias y constantes fricciones de la región entre las etnias correspondientes, las cuales, además de sus diferencias lingüísticas, conviven y compiten por obtener los mejores beneficios en el fértil valle de Fergana, que ambos países comparten.

Un factor de potencial conflicto es la presencia en la región de casi 10 000 000 de rusos (18% de la población total de Asia Central), de los cuales 64% reside en Kazajstán. El grueso de esta población nunca aprendió los idiomas locales, porque durante el prolongado dominio ruso esa lengua fue la oficial. Además, la mayoría de los rusos vivía en las ciudades y ocupaba posiciones importantes en la administración, el manejo de la economía, la academia y puestos muy calificados en diversas industrias y centros científicos y tecnológicos. La independencia de las repúblicas centrales de Asia ex soviética ha provocado, entre una parte considerable de la población de origen ruso, el temor a la marginación. Por un lado, la educación se ha vuelto, junto con el idioma oficial, monolingüe; de entrada, esto constituye una discriminación. Por otro lado, ninguno de los países recién independizados parece dispuesto a continuar con una educación y un sistema bilingües, que sería lo más natural y útil, de no ser por la debilidad que como países autónomos muestran las cinco repúblicas.

Kazajstán ha sido, hasta ahora, el único Estado dispuesto a aceptar la doble nacionalidad de sus ciudadanos de ascendencia rusa; por su parte, Uzbekistán es el país donde mayores y más fehacientes muestras de anti-eslavismo se pueden detectar.⁹ De lo anterior se deduce la persistencia de una situación de desconcierto entre la población rusa que queda en Asia Central, que básicamente se explica porque su *status* cambió de una posición socialmente

⁹ Aparte de que Uzbekistán ha sido el único de los países de Asia Central en rehusar compartir con Rusia la responsabilidad de supervisar la vigilancia de las fronteras con naciones distintas

dominante a una subordinada. Sin embargo, el creciente éxodo ruso de la región (se habla de 500 000 por año, en promedio, desde la independencia de Asia Central)¹⁰ se explica, fundamentalmente, por la pérdida de empleos y oportunidades que la crisis económica ha traído a la región.

El estallido de violencia entre europeos y asiáticos, musulmanes y cristianos, que muchos preveían con el advenimiento de la independencia de las repúblicas centroasiáticas, no tiene signos reales de darse. En todo caso, las posibilidades de conflictos que involucren luchas entre etnias se pueden ubicar en otros contextos: la política que Rusia siga en torno al así denominado por Moscú “exterior cercano” y la propia percepción rusa de su seguridad en Asia Central, al igual que el rumbo que tomen acontecimientos en el mundo islámico, como el reciente ascenso militar de los “talibanes” (“seguidores” de la fe) en Afganistán.

La posición rusa respecto a Asia Central

Cuando la desintegración de la Unión Soviética era inminente, en el último trimestre de 1991, y una tras otra las repúblicas iban proclamando su independencia, siguiendo los pasos de las repúblicas bálticas, lo único que las estrategias de Mijaíl Gorbachov pudieron armar fue la figura de una comunidad de naciones, de alguna manera inspirada en la idea del *Commonwealth* británico. En los primeros meses de vida de la CEI, Moscú intentó infructuosamente establecer una estrecha coordinación militar, diplomática y económica con, por lo menos, 11 de las ex repúblicas soviéticas.¹¹

A partir de 1993, Rusia adoptó una nueva doctrina militar y de seguridad, a la luz de una comunidad de naciones más suelta e independiente de lo que se deseaba, en la cual se destaca la prevención de conflictos, la estabilidad de las nuevas fronteras a partir de una hipótesis de supremacía política en las ex repúblicas soviéticas de Eurasia (“el exterior cercano”) y el mantenimiento de una capacidad militar suficiente para garantizar la superioridad en caso de tener que librar guerras convencionales en las áreas circunvecinas (los territorios de las

a las de la CEI —léase Afganistán— (“en tanto que Kazajstán ha entrado de lleno en una estrecha alianza militar con Rusia”), fue también sintomáticamente, el único país de la zona que no celebró el 50 aniversario de la victoria de la Unión Soviética sobre la Alemania nazi. Véase Martha Brill Olcott, “Central Asia: The Calculus...”, pp. 337-342.

¹⁰ *Ibid.*, p. 338.

¹¹ La CEI se creó el 8 de diciembre de 1991, con Belarús, Rusia y Ucrania, a las que se agregaron otras ocho repúblicas ex soviéticas, el 21 de diciembre (misma fecha en que formalmente se disolvió la URSS). Quedaron fuera las tres repúblicas del Báltico y Georgia que, en diciembre de 1993, tuvo que ingresar a la organización ante las presiones de Moscú.

nuevas repúblicas independientes y de zonas donde existían compromisos militares previos a 1992).

De acuerdo con tal doctrina, se perciben dos papeles fundamentales para los militares rusos: la prevención de guerras locales que puedan surgir de reclamos secesionistas (como el caso de Chechenia) y el control de conflictos en territorios adyacentes al ruso, que puedan poner en peligro los intereses rusos o amenacen con extenderse al territorio de Rusia. Al margen de reclamos de políticos ultranacionalistas como Vladimir Zhirinovky y otros que pretenden la restauración del imperio soviético, es obvio que dirigentes del gobierno, de partidos políticos y miembros activos de la Duma coinciden en que el principal factor de seguridad nacional es la transformación del “exterior cercano” en algo parecido a una “zona nacional de seguridad” o zona colchón.¹² Tal concepto cubre desde la posibilidad de que Rusia influya para que los miembros de la CEI mantengan su estabilidad interna y coincidencias en los temas fundamentales de política internacional con Moscú (en ausencia de una alianza más estrecha), hasta la preservación de intereses económicos concretos, como el control de los ductos para transportación de hidrocarburos y el control último del acceso a importantes fuentes de abastecimiento de esta estratégica materia prima, tanto en la región del Cáucaso como de Asia Central.

Los esfuerzos rusos por mantener una unión monetaria, una estrecha cooperación comercial y económica, mandos militares coordinados, defensa compartida de fronteras frente a países no miembros de la CEI y coordinación básica en temas internacionales como desarme, medio ambiente, uso del espacio extraterrestre, entre otros, y en las relaciones con el “exterior lejano” (como Estados Unidos y la UE), han rendido resultados desiguales. Mientras que por el flanco occidental Belarús está firmemente alineado con Moscú, e incluso el gobierno de Aleksandr Lukashenka promueve abiertamente la reunificación con Rusia, en Ucrania, Moldova y Azerbaiyán —además de Letonia y Estonia— hay una fuerte resistencia al control e influencia rusos.

En el flanco oriental, Kazajstán y Kirguistán suscribieron en marzo de 1996, junto con Belarús, un tratado para profundizar la integración económica con Rusia. Tayikistán, como ya se dijo, requiere del apoyo militar ruso para la

¹² Según la interpretación rusa, con el fin de darle seguridad a la CEI y prevenir o solucionar pacíficamente conflictos que surjan en su seno, se creó un sistema colectivo cuya base legal es el Tratado de Seguridad Colectiva de mayo de 1992, que originalmente firmaron cuatro de las repúblicas asiáticas (falta Turkmenistán), además de Armenia y la propia Rusia, al que finalmente se sumaron (1994) otros tres miembros de la CEI (Azerbaiyán, Belarús y Georgia), en total son 9 los signatarios. Ver el artículo de Lyubov Y. Chernorutskaya, de la Academia Rusa de Ciencias en Moscú, “Contemporary Issues of the New Central Asian States”, en *Newsletter*, Países Bajos, Instituto Internacional de Estudios de Asia, núm. 9, verano de 1996.

supervivencia del gobierno del presidente Imamoli Rakmanov. Aun los regímenes de Turkmenistán y Uzbekistán, más reacios a proseguir bajo la órbita rusa, tienen vínculos de dependencia muy fuertes —en lo militar, lo económico y lo internacional—, con la antigua metrópoli.

Es evidente que cualquier circunstancia que supusiera una desestabilización seria de los países de Asia Central, o la penetración en cualesquiera de ellos de influencias adversas a los intereses de Moscú, llevaría a un endurecimiento de la posición rusa y hasta la posibilidad de la intervención militar directa, no obstante la reacción de repudio que ello pudiera provocar en las potencias occidentales y el claro deterioro del ejército ruso en cuanto a su capacidad inmediata de combate.

El islam y Asia Central

El escenario pesimista según el cual los países de Asia Central serían presa fácil de la penetración del fundamentalismo musulmán, una vez que ellos se separaran de Rusia, y que la crisis económica que esa separación supondría (la que, en efecto, ha tenido, lugar) se hiciera sentir sobre las poblaciones locales, simplemente no se ha producido. Tampoco ha habido el reacomodo geopolítico que muchos anunciaban de manera un tanto simplista: Irán se apresuraría a extender su influencia a las noveles repúblicas, adelantándose a Turquía, mientras que Afganistán, Pakistán y aun los más alejados países árabes del Golfo Pérsico buscarían llenar vacíos de poder. La religión sería el vehículo de la expansión de influencias y ello tendría repercusiones en el Turquestán chino (Xinjiang) al igual que en el resto de Asia Oriental.

No obstante que un pronóstico de naturaleza negativa como el anterior se ha caído, es claro que los acontecimientos más recientes en Afganistán reabren temores de reajustes políticos de importancia en Asia. Antes de abordar esos sucesos y sus posibles implicaciones, conviene hacer una breve referencia a las causas visibles de que el islamismo no haya alcanzado el nivel de influencia política que se suponía iba a tener en las cinco nuevas naciones de Asia Central.

Aparte de la fuerte dependencia económica, militar y política que esos países siguen teniendo de Rusia, lo cual sirve de contrapeso a la influencia musulmana en su papel de fuerza política, las características de esa religión en la zona son muy peculiares. Además de que todas las repúblicas refrendaron su posición formal de Estados laicos, históricamente el islam ha estado supeditado a un sincretismo cultural que no se dio en otros países musulmanes asiáticos, con la excepción de Malasia e Indonesia. La corriente musulmana sunnita es la prevaleciente; pero, dentro de ella hay facciones moderadas y algunas más radicales, a la vez que existen, en la región, otras vertientes shiita e ismaelita.

En conjunto, la parte doctrinaria del islam es poco profunda y sus instituciones relativamente débiles, con la excepción de Uzbekistán, con lo que el secularismo de la vida política enfrenta pocos retos internos de importancia.

Los gobiernos de las cinco repúblicas han ido cayendo, uno tras otro, incluido el menos ortodoxo y más proclive a un sistema político multipartidista y plural que era Tayikistán, a regímenes monolíticos en los cuales los dirigentes han logrado la reelección a través de referéndum y medidas similares que postergan o le dan la vuelta a la democracia representativa de asambleas y partidos políticos.¹³ Ésta ha sido la respuesta —un fuerte presidencialismo— a los riesgos que significa la transición de la pertenencia a la URSS a una vida independiente para la supervivencia de los Estados nacionales. También representa la forma en la cual se han encarado la crisis económica, los conflictos interétnicos reales o potenciales y la preservación de la soberanía e integridad territoriales.

Por el lado de los países musulmanes vecinos, se nota que en el acercamiento a los nuevos países de Asia Central, el pragmatismo ha predominado sobre el interés religioso o doctrinario. Además de la Conferencia de Cooperación Económica (grupo de nueve países asiáticos y uno del Cáucaso), cuyos acuerdos multilaterales de cooperación e integración económica han sido todavía preponderantemente retóricos, las tres naciones musulmanas más importantes que no padecen guerras civiles y están localizadas en parte de Asia Meridional y Occidental (Irán, Pakistán y Turquía), se han acercado a sus congéneres de Asia Central con criterio utilitario, que busca tanto el beneficio propio como el apuntalamiento (no la desestabilización) de los recién establecidos regímenes en la región, con un enfoque casuístico.

¹³ En Kazajstán, el presidente Nursultán Nazarbayev, ex secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), manipuló y logró, en marzo de 1995, un referéndum nacional a costillas del Parlamento que se oponía, mediante el cual obtuvo la extensión de su mandato hasta el año 2000. En Kirguistán hizo algo parecido Askar Akayev, el único de la región que no había sido cuadro del PCUS y quien ofrecía una democracia multipartidista, al lograr, en diciembre de 1995, su reelección por cinco años. En Tayikistán, el presidente Imamoli Rakmanov consiguió ampliar, en noviembre de 1994, su mandato en unas elecciones que los observadores de la ONU, Rusia y otras naciones occidentales calificaron de poco representativas porque la oposición islámica, con excepción de una minoría, rehusaron a participar en los comicios. En Turkmenistán, Saparmurad Niyazov afianzó el poder hasta el año 2002, por medio de un referéndum parlamentario (cuya mayoría había sido previamente seleccionada por Niyazov, luego de haberse prohibido la existencia de los principales partidos políticos de oposición) realizado en enero de 1994. Y, por último, en Uzbekistán, otro líder ex comunista, Ismael Karimov, preserva el cargo hasta el 2000, merced a un referéndum que sobreyó los resultados de la segunda ronda de elecciones parlamentarias de enero de 1995, en la cual la oposición había obtenido importante triunfos.

Así, a pesar de que los rebeldes musulmanes en Tayikistán tienen coincidencias importantes con Irán y de que su principal líder, Abdullah Nuri, tiene su base en territorio iraní, el gobierno de Teherán ha asumido una posición de la mayor neutralidad posible. Incluso, el presidente Rakmanov visitó Irán en julio de 1995 y pidió públicamente ayuda al presidente Rafsanyani para poner fin a la guerra civil en Tayikistán. La respuesta iraní consistió en mostrar la actitud más conciliatoria posible en dicho conflicto, minimizando el apoyo que antes había dado a los rebeldes, además de que se han suscrito varios acuerdos de cooperación económica entre los gobiernos iraní y tayik; el primero, por ejemplo, ha concedido 10 millones de dólares (MDD) de crédito al segundo.

Este tipo de gestos de buena vecindad y amistad entre gobiernos, que como en el caso citado es muy significativo por el papel subversivo que se atribuye a Irán en otras naciones, se repite con mayor facilidad en el caso de Pakistán y Turquía, cuya colaboración económica y cultural con las naciones de Asia Central no tiene más límite que la propia escasez de recursos de esas dos naciones; tampoco llevan mayor sesgo político que la competencia entre pakistaníes y turcos para ganarse la simpatía e influencia sobre los beneficiarios de su ayuda.

El impacto de la guerra civil afgana

Un factor que reaviva los temores de que una corriente musulmana agresiva se infiltre en las repúblicas de Asia Central, y con ello se ponga en peligro la seguridad y estabilidad asiática, lo constituye la reciente ofensiva de la facción armada afgana conocida como talibanes o talebanes que los llevó hasta la toma de Kabul y, en consecuencia, al control de casi tres cuartas partes de Afganistán. Los talibanes son básicamente de la región de Kandahar, en el sudoeste del país; originalmente se componían de grupos de estudiantes de las escuelas religiosas (madrasaas), dirigidas por el fundamentalista Jamiat-e-Ulema Islam y operaban en la frontera entre Afganistán y Pakistán.

Según una interpretación,¹⁴ el gobierno de Islamabad comenzó a apoyar a este grupo a fin de acabar con la inseguridad en la región de Kandahar, provocada por la proliferación de gavillas armadas que imponían sus propios tributos y reglas al paso de personas y mercancías en esa zona, lo que afectaba intereses pakistaníes. Otras versiones atribuyen un apoyo encubierto de Washington, a través de Pakistán, a los talibanes, bajo la hipótesis de que las facciones de los antiguos muyaidines, que lucharon con el apoyo de Estados Unidos y sus aliados contra los soviéticos y los gobiernos impuestos por ellos,

¹⁴ Ver "The Road to Koranistan", *The Economist*, 5-11 de octubre de 1996, pp. 21-24.

ya no garantizaban ni la posibilidad de restaurar el orden en una nación desgarrada por 17 años de guerras intestinas tribales por el control político de Afganistán, ni los intereses de sus protectores. Además, la disputa entre las facciones ya no es por rechazar la intervención comunista sino por el control de actividades espurias, como el contrabando y el narcotráfico.¹⁵

En ese contexto, es probable que Estados Unidos, Arabia Saudita y Pakistán hayan desempeñado un papel importante en el ascenso al poder del grupo talibán, de habla básicamente pushtú y de orientación sunnita-fundamentalista, a fin de contener la influencia iraní en la región y de neutralizar a sus aliados cercanos en Afganistán, quienes son *hazaras* shiitas y etnias tayiks de habla farsi. De acuerdo con esta misma hipótesis, Washington y sus aliados han cometido un grave error al apoyar o alentar el triunfo de grupos tribales rurales (la mayoría pathanes) y fundamentalistas, que han demostrado tanto en Herat como en Kabul un fanatismo incompatible con la restauración de la paz en Afganistán y la seguridad de los Estados vecinos de Asia Central. Es posible que Washington vea con simpatía a los talibanes porque éstos se confrontan en forma cada vez más abierta con Irán, a lo cual se aplicaría el adagio de “los enemigos de mi enemigo son mis amigos”.

La consolidación en el poder de los talibanes está todavía por verse. La experiencia de la aparentemente inacabable guerra civil afgana hace suponer que un escenario de expansión fundamentalista talibán por Asia Central está aún lejos.¹⁶ Por lo pronto, la caída de Kabul ha propiciado el acercamiento entre dos fuertes grupos armados que eran adversarios. En el noreste, el caudillo militar tayik Ahmad Sha Masood, que combatió a los rusos y a sus aliados comunistas afganos, controla el Valle de Panjshir —una zona que los soviéticos nunca se atrevieron a invadir— y enfrenta a los talibanes, mientras en el norte Abdul Rashid Dostum, un general de origen uzbeko que trabajó para los comunistas, controla el estratégico túnel de Salang, que permite el acceso por carretera de Kabul a Asia Central.

Lo irónico del caso no es sólo la colaboración entre facciones afganas otrora enemigas, sino que Rusia y las cinco repúblicas independientes de Asia

¹⁵ Según el Programa de la ONU para el Control de Drogas, que analiza la evolución de la producción de heroína en el mundo, en Afganistán se produjeron más de 2248 toneladas de opio crudo en 1996, mientras que en todo 1995 se produjeron 2066 toneladas. *Ibid.*, p. 24.

¹⁶ El poder talibán es, de todas formas, considerable. Además de ocupar Herat, Kandahar, Kabul y gran parte del territorio afgano, los talibanes cuentan con un impresionante arsenal: de acuerdo con fuentes militares rusas, tienen 40 000 hombres armados, con aproximadamente 200 tanques y alrededor de 20 aviones y helicópteros de combate. Véase *Intelligence Digest*, 11 de octubre de 1996.

Central han manifestado claramente que apoyarán cualquier resistencia al avance de la influencia sunnita, fundamentalista de tribus pathanes. El general Lebed fue contundente al declarar en Moscú, luego del triunfo talibán,

que los talibanes seguramente intentarán llegar a la frontera tayik y uzbeka (y) que sus planes son convertir a Uzbekistán, incluida Bokhara, en lugares santos del islam y parte integral de Afganistán. Si ellos logran fusionarse con los destacamentos de Nuri (el líder de la oposición armada al gobierno de Tayikistán) [...] entonces los presidentes Rakmanov (Tayikistán) y Karimov (Uzbekistán) apreciarán la presencia de la división rusa 201 de rifleros motorizados.¹⁷

En caso extremo, la presencia de los talibanes en la guerra civil afgana puede llevar fácilmente a una reconfiguración de alianzas en la zona: por un lado, estarían Pakistán, Estados Unidos y Arabia Saudita, que apoyan a los talibanes; por el otro, Rusia, las repúblicas centroasiáticas, Irán (que ha mostrado su resistencia a los guerrilleros musulmanes sunnitas de lengua pushtú y su respaldo natural a los musulmanes shiitas de lengua farsi) y seguramente India, que ayudan a facciones armadas que resisten el avance talibán; y, por último, el acercamiento entre ellos al compartir intereses estratégicos en la zona.

Asia Meridional

La estabilidad y preservación de la paz en esta parte de Asia, que desde el siglo XIX estuvo bajo el control directo del “Raj” británico, pende de la suerte que corra el equilibrio militar —incluido el poder nuclear— entre India y Pakistán, los cuales constituían hasta 1947 una misma unidad histórico-territorial, con múltiples principados y bajo el dominio de Londres. Es claro que la India posee una superioridad bélica, demográfica, territorial y económica que finalmente inclinaría la balanza en su favor, en caso de una guerra con Pakistán. Sin embargo, los conflictos no se definen sólo en términos de una correlación de poder, sino de una constelación de otros factores nacionales, regionales y globales.

Desde la división de India en torno a una línea divisoria imperfecta entre musulmanes e hindúes hasta nuestros días, los intereses de las grandes potencias mundiales y regionales, así como sus propios designios han estado involucrados en la supervivencia de los dos Estados indio y pakistaní. Quizá el ejemplo más claro de la evolución y la difícil convivencia entre India y Pakistán, que ha determinado en forma relevante la suerte del resto de lo que

¹⁷ *Ibid.*, p. 3.

alguna vez se llamó el subcontinente indostánico, es la historia del conflicto entre esas dos naciones por el control y la soberanía sobre Cachemira (y Jammu), un territorio de aproximadamente 220 150 km², situado en la esquina más extrema norte del subcontinente, del cual India controla, *grosso modo*, 45%, Pakistán cerca de 35% y China 20%.

Cachemira y Jammu contienen una amalgama de pueblos de diversos antecedentes lingüísticos y religiosos, que estuvieron aglutinados bajo un mismo principado durante la dominación británica. La parte de Cachemira que hoy está bajo control indio comprende tres divisiones principales: el Valle de Cachemira, Jammu y Ladakh (el primero es en su gran mayoría musulmán, el segundo principalmente hindú y el último budista). El sector controlado por Pakistán se subdivide en Cachemira Azad (“Cachemira Libre”) y las áreas del norte. China controla la región de Aksai Chin en el noreste de Ladakh. La población de todo ese territorio, de una belleza legendaria, se estimaba en 1991 en unos 8 000 000 de personas, cifra insignificante para las poblaciones de India, Pakistán, Bangladesh y, obviamente, China que queda fuera del subcontinente.

En términos territoriales tampoco la superficie total en disputa es relevante para India (7% de la superficie nacional), aunque para Pakistán lo es un poco más (29%).¹⁸ No obstante, el conflicto por la posesión de Cachemira—que pronto cumplirá medio siglo— ha desencadenado tres guerras internacionales: dos entre India y Pakistán (1947-49 y 1965) y una entre China e India. Por las bajas que esos enfrentamientos han causado, los daños materiales y perjuicios a la población civil, así como por su extensión, pueden considerarse “guerras de baja frecuencia”; puesto que una solución política sigue siendo inalcanzable (aunque en el caso sino-indio hay un *statu quo* que minimiza fricciones bilaterales), la comunidad internacional se ha acostumbrado a la persistencia de un conflicto que al parecer ha dejado de ser una amenaza potencial para la estabilidad de Asia o la paz mundial.

La disputa por Cachemira es, empero, una de las causas fundamentales de la enemistad indio-pakistaní y de que ambos Estados hayan trabajado para desarrollar un potencial bélico que los coloca dentro de lo que se denomina, en la terminología especializada, “potencias en el umbral nuclear”. Es cierto que durante la guerra fría la rivalidad este-oeste acentuó las fricciones geopolíticas en Asia Meridional, a partir de un diferendo religioso-cultural que, de haber seguido su propia lógica, probablemente se habría superado.

Los choques entre hindúes y musulmanes habrían continuado internamente en cada país, en ausencia de confrontación bipolar; pero, quizá no

¹⁸ La superficie de India es de 2 973 190 km² y la de Pakistán es de 770 880 km², de acuerdo con datos de la ONU. Véase *Keesing's 1996... op. cit.*, p. R69 y R79.

habrían influido tanto en las relaciones bilaterales y de la región. La evolución de cada Estado nación y su propia consolidación económica, social y política, habrían llevado a un pragmático *modus vivendi*.¹⁹

La guerra indio-pakistaní “de baja intensidad” ha continuado independientemente de la desaparición de la guerra fría, incluso se ha agravado en los últimos siete años. Ninguno de los dos países parece dispuesto a una confrontación abierta y definitiva, debido a que la capacidad nuclear de ambos opera como disuasivo real (India efectuó una explosión experimental en 1974);²⁰ sin embargo, la mera ausencia de guerra frontal tampoco significa la existencia de una completa convivencia pacífica entre India y Pakistán, ya que la misma se ve envenenada por el diferendo sobre Cachemira.

El hecho de que desde 1971 —la última guerra indio-pakistaní— no haya habido otro enfrentamiento bélico entre ambos, hace suponer que la estabilidad de Asia Meridional difícilmente se puede poner otra vez en peligro por el estallido de una guerra local, a menos que ocurriera algo dramático en Bangladesh o en Sri Lanka (país en el cual se libra, desde hace 16 años, una guerra civil entre la mayoría cingalesa y la minoría tamil), que moviera a las fuerzas armadas de India o Pakistán a intervenir en forma directa en las crisis internas de sus vecinos. Si bien no hay indicios de conflictos internos graves en los dos países menos poderosos de Asia Meridional, que rompieran el equilibrio regional al precipitar intervenciones de las potencias mayores, de cualquier manera deben mencionarse algunos factores de desestabilización potencial.

¹⁹ El acercamiento de, por un lado, Estados Unidos con Pakistán y, por el otro, India con la Unión Soviética fue una clara resultante de la confrontación entre las dos superpotencias cuyos sistemas eran antagónicos; esto fue aprovechado por cada una de las dos potencias intermedias asiáticas meridionales para hacer avanzar sus propios esquemas tácticos en la rivalidad entre ambas. La idea de un tercer camino internacional, el no alineamiento, impulsada vigorosamente por Nueva Delhi, constituyó un anatema para la estrategia estadounidense de contención al comunismo en Asia y alejó más a los dos países. Por otra parte, Pakistán jugó constantemente un importante papel de aliado estadounidense en la confrontación bipolar; de ahí que, durante la intervención soviética en Afganistán, el régimen de Islamabad ejerciera una vigilancia preventiva y de apoyo a los grupos anticomunistas de los muyaidines, respaldados por Washington. Lo mismo, la diplomacia triangular —Estados Unidos y China como contrapeso soviético— llevó a un acercamiento sino-pakistaní con efectos de contrapeso a India.

²⁰ “India y Pakistán son potencias nucleares *de facto*: se cree que cada una está capacitada para desplegar armas nucleares en cuestión de días. Probablemente, Nueva Delhi cuenta con suficiente material fisionable como para 20 o más artefactos nucleares, mientras que Islamabad ha acumulado suficiente para 10 o 15. Ambos países poseen aviación que puede ser modificada para arrojar bombas atómicas y también tienen, aunque todavía no dispuestos, misiles balísticos con capacidad para transportar ojivas nucleares.” Véase Devin T. Hagerty, “South Asia’s Nuclear Balance”, *Current History*, abril de 1996, p. 165.

Los Estados colchón

En Sri Lanka, el gobierno de coalición encabezado por Chandrika Bandaranaike Kumatarunga, quien en 1994 derrotó en las elecciones al Partido Nacional Unido, en el poder desde 1977, y se convirtió en primera ministro y luego en presidenta de la República en ese mismo año, puso en práctica una vigorosa campaña política de reconciliación nacional. Dicha campaña arrojó resultados iniciales positivos al gobierno. En febrero de 1995 se había alcanzado una tregua en la guerra civil, que se derrumbó en abril al fracasar las negociaciones entre el gobierno y el separatista movimiento Tigres de Liberación del Eelam Tamil (LTTE, por sus siglas en inglés).

En julio de 1995, el gobierno lanzó una gran ofensiva militar contra el enclave fuerte del LTTE, situado en la península de Jaffa, al norte del país; al mismo tiempo, ofreció un proyecto de reformas para convertir a Sri Lanka en una federación en la cual las provincias del norte y del oriente (donde se encuentra el grueso de la población tamil) quedarían fusionadas. A pesar de ser ésta una antigua petición de los separatistas del LTTE, rechazaron la idea y acusaron a la persistente Kumaratunga de “traicionar a la minoría tamil”.²¹ El resto del año el ejército gubernamental mantuvo la ofensiva, con acciones de respuesta guerrillera y actos de terrorismo, que concluyó con lo que parecía el control definitivo de dicha península y la consiguiente dispersión de las fuerzas guerrilleras. La estrategia militar consistía en privar a los rebeldes de bases fijas geográficamente importantes y, por consiguiente, de la posibilidad de recabar tributos entre la población civil y de obtener refuerzos para sus, se suponía, mermadas filas de combatientes.

En junio de 1996 era tal la seguridad en el triunfo de la campaña militar, que el jefe del ejército, Rohan Daluwate, afirmaba que los rebeldes ya no tenían capacidad para intentar acciones bélicas abiertas de importancia y menos el asalto a bases militares gubernamentales. En forma contraria a estas expectativas, al amanecer del 18 de julio, el LTTE lanzó un feroz ataque contra la guarnición militar de Mullaitivu, población localizada a 280 km al noreste de Colombo. El resultado del cruento ataque ha sido presentado como desastroso para cada parte combatiente, según la visión de cada bando; el hecho es que la capacidad de lucha de los rebeldes tameses estaba muy lejos de haber sido dispersada o minimizada por la campaña militar gubernamental; lo más grave es que el gobierno ha tenido que seguir desviando preciados y escasos recursos económicos de programas civiles a acciones militares. “Los 38 000 millones de

²¹ *Keesing's 1996... op. cit.*, p. R81-2.

rupias (703 MDD) asignados para defensa en 1996 ya han sido agotados —incluso superados en 10 000 millones de rupias para mediados del año [...].”²²

India ha mostrado preocupación por las implicaciones que podría tener el surgimiento de un Estado separatista de Eelam sobre los 60 000 000 de tamiles que habitan en el estado indio de Tamil Nadu (en Sri Lanka hay 3 400 000 tamiles).²³ Sin embargo, Nueva Delhi se abstuvo de manifestarse cuando el gobierno de Colombo propuso, a principios de 1995, una federación con una región tamil integrada, a la cual se le concedería cierta autonomía. Tampoco la diplomacia india ha desplegado un activismo lejanamente similar al de los años ochenta, cuando comenzó el conflicto interétnico en Sri Lanka, a la luz de los acontecimientos de 1996. Esto reduce tensiones en la región y aísla el problema tamil-cingalés dentro de los confines de un asunto interno de Sri Lanka. Por su parte, los problemas económicos de esta nación, acentuados por la guerra civil, agravarán el enfrentamiento político-étnico; esto deja abierta la posibilidad de una escalada bélica interna, con inevitables efectos en el balance de poder de Asia del Sur.

En lo que respecta a Bangladesh, antes Pakistán del Este, cuya proclamación de independencia en 1971 causó la tercera guerra indio-pakistaní, la evolución hacia una democracia multipartidista, luego de la caída del régimen militar del general Ershad en diciembre de 1990, parece avanzar sin mayores traumas internos que pudieran provocar nuevos conflictos en la región. Luego de las elecciones de febrero, marzo y octubre de 1991, que llevaron al poder al Partido Nacional de Bangladesh (PNB), de centro derecha, el presidente Rahman Biswas, quien cumple funciones ceremoniales de jefe de Estado, disolvió el parlamento a fines de noviembre de 1994 para convocar a nuevas elecciones generales; la primera ministro, Begum Khadela Zia, líder del PNB, quedó interinamente a cargo del gobierno.

El PNB ganó los comicios de febrero de 1996; sin embargo, los partidos de oposición, encabezados por la Liga Awami, que dirige Shaik Hasina Wajed, rechazaron los resultados alegando la existencia de numerosas irregularidades. Al cabo de un periodo de resistencia civil, el gobierno tuvo que convocar a nuevas elecciones organizadas por un primer ministro provisional neutral. El 12 de julio se efectuó la segunda votación nacional; esta vez, la Liga Awami resultó triunfante; de este modo se estableció un nuevo gobierno bajo la dirección de la señora Wajed. Dicho proceso político refleja una indiscutible madurez en una

²² Manik da Silva, “Sri Lanka: Fangs Bared”, *Feer*, 1 de agosto de 1996, p. 16.

²³ La población es de 18 400 000 habitantes (en un territorio insular de 64 740 km²). De ella, las principales etnias y grupos son: cingaleses 73.9%, tamiles 18.2% y musulmanes 7%. Véase *Keesing's 1996... op. cit.*, p. R81 y Kalpana Isaac, “Sri Lanka's Ethnic Divide”, *Current History*, abril de 1996, p. 179.

nación desgarrada por la violencia interna, la pobreza y las presiones de sus vecinos poderosos: India y Pakistán.²⁴

La propia estabilidad y el futuro del Estado de Bangladesh dependen básicamente de factores internos: la continuación del proceso político multipartidista, abierto y pacífico; y el mantenimiento de los éxitos económicos que han llevado a Bangladesh —uno de los países más pobres y sobrepoblados del mundo—²⁵ a un crecimiento real del PIB de cerca de 5%, en los últimos dos años. Los conflictos religiosos e interétnicos originados por la secesión de Pakistán del Este se han mantenido en niveles controlables, con explosiones recurrentes como la de 1993, cuando grupos musulmanes chocaron violentamente con hindúes. Los gobiernos de Dacca han logrado mitigar las diferencias comunales internas y le han dado estabilidad al país, a pesar de las vicisitudes de la política interna.²⁶ Esto, a su vez, ha propiciado que la comunidad internacional, tanto países como instituciones multinacionales, brinden un importante apoyo económico, técnico y social a Bangladesh, lo cual contribuye a la consolidación y estabilidad de esa nación.

Carrera armamentista y proliferación nuclear

A pesar de que existe relativa calma y paz entre India y Pakistán, y de que ninguna de las dos naciones confrontadas desde 1947 tiene motivos visibles para disputarse influencias sobre la región, tanto los gobiernos de Nueva Delhi como de Islamabad han proseguido su costosa carrera armamentista. En la jerga de los estudios acerca de estrategia, hay dos acciones potenciales de agresión con fines “precautorios”: un ataque preventivo, que generalmente lanza un país fuerte contra otro que lo es menos, para evitar que éste logre una paridad de poder militar (actualmente India ya no está en la tesitura de una acción de tal tipo, porque existe casi paridad bélica —no de tamaño específico— con

²⁴ El líder de la independencia, Sheikh Mujibur “Mujib” Rahman (Liga Awami), fue derrocado por un golpe militar interno y asesinado en noviembre de 1975. Luego de varias asonadas militares, quedó como presidente el general Ziaur Rahman (abril 1977), quien también fue asesinado por oficiales rebeldes en mayo de 1981. Después toma el poder, mediante otro golpe militar, el general Hussain Mohammad Ershad, quien es derrocado por la oposición civil en diciembre de 1990, sin derramamiento de sangre. La ex primera ministro Khaleda Zia es la viuda de Ziaur Rahman, mientras que la nueva jefa del gobierno, Shaikh Hasina Wajed, es la hija del padre de la independencia “Mujib” Rahman.

²⁵ En 1994 Bangladesh registraba un PNB *per capita* de 230 dólares y una densidad demográfica media de 899 habitantes por km².

²⁶ Un incidente de naturaleza sectaria pero de repercusiones más simbólicas que políticas fue el caso de la novelista y médica Taslima Nasreen, que desató la ira de grupos musulmanes

Pakistán); y un ataque para impedir que el adversario tenga capacidad de respuesta (*preemptive strike*).

Un “madruguete”, que es otra manera de llamar a un ataque para adelantarse a posibles acciones ofensivas del adversario, es una riesgosa acción que indios y pakistaníes han evitado —y muy probablemente lo seguirán haciendo— porque ambos saben que no existe garantía de que la capacidad de respuesta de su enemigo quede neutralizada en un primer golpe sorpresivo (además de la incertidumbre sobre el tipo de represalias que pudieran tomar las potencias aliadas o cercanas al opositor). El daño que el contrario pueda causar a quien se decidiera por un “descontón”, aunque éste fuera un ataque nuclear, es la mayor disuasión que pueda existir para que en la práctica nunca se den las condiciones para una acción unilateral militar de anticipación preventiva.

Este tipo de raciocinio es el que está detrás del esfuerzo tecnológico y económico que India y Pakistán, dos naciones en vías de desarrollo que padecen todavía grandes carencias sociales internas, han desplegado para colocarse en el umbral de potencias nucleares. También, hay otras razones por las cuales ambos países se niegan a renunciar a sus ambiciones nucleares y se resisten a adherirse a esfuerzos internacionales por prevenir la proliferación nuclear.

Esto explica la ausencia de India y Pakistán del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (TNP), que en abril-mayo de 1995 efectuó su V Conferencia Revisora en la cual los Estados miembros decidieron extenderlo indefinidamente. Para entonces, ya eran integrantes del TNP Francia y China (lo suscribieron en 1992, modificando una posición de rechazo al mismo desde su negociación en 1968), las únicas dos de las cinco potencias nucleares y miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU que faltaban de integrarse al acuerdo.²⁷

El principal argumento que India esgrime para no integrarse al TNP es el carácter discriminatorio que, según ella, tienen los compromisos de no proliferación al excluir la formalización de acuerdos políticos sobre desarme nuclear total para un futuro más o menos próximo. Con esto, arguye, se deja incólume al club de los cinco países que abiertamente poseen ese armamento (Estados Unidos, Rusia, Francia, China y Gran Bretaña) y se quiere negar, al resto de las naciones, el derecho soberano a defenderse de riesgos potenciales

extremistas por su novela *Shame*, en la que critica las acciones de los musulmanes contra los hindúes. Se le acusó de blasfemia y se le amenazó de muerte, por lo que la intelectual tuvo que asilarse en Suecia, en agosto de 1994.

²⁷ De los 178 miembros del TNP, 175 (ausentes, República Federal Yugoslava, Kiribati y Taiwan, más Corea del Norte que estuvo pero declaró “no haber tomado parte en la decisión”) aprobaron sin votación, después de un reñido debate donde el Movimiento de Países No Alineados presionó infructuosamente a las cinco potencias nucleares por un compromiso de

de agresión externa, incluida la que podría venir de una nación a la que sí se le acepta la posesión de armas nucleares (para India, ese riesgo es China cuya declaración unilateral de que nunca será la primera en usar armas nucleares, ni en emplearlas contra países no nucleares, no parece garantía suficiente a los dirigentes indios).

En pocas palabras, no puede haber acuerdos internacionales para evitar la proliferación de armas nucleares sin que se adopten en forma paralela compromisos de desarme nuclear de los países que cuentan con ese armamento. Los críticos de esta posición —particularmente Estados Unidos, la mayoría de las naciones industrializadas y países con tradición pacifista y antinuclear como México y otros— señalan que Nueva Delhi se rehúsa a reconocer los avances logrados desde la segunda mitad de los años sesenta (los acuerdos de no proliferación y de prohibición parcial de ensayos nucleares) hasta la fecha, que, si en términos teóricos de justicia y ética internacional son insatisfactorios, en el terreno de la *realpolitik* representan un camino firme y viable hacia, primero, la contención de la carrera armamentista nuclear y, luego, al gradual desmantelamiento de los arsenales existentes.

En 1996 hubo progresos significativos en las negociaciones de desarme en Ginebra. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desarme avanzó con mayor firmeza en sus esfuerzos por concluir un Tratado de Prohibición Total de Ensayos Nucleares (CTBT, por sus siglas en inglés), después de los acuerdos del TNP; aunque la representante india en estos debates, Aurandhati Ghose, siguiendo instrucciones de su gobierno votó en contra del borrador de dicho tratado —vetándolo virtualmente— el mismo fue transmitido a la 51 Asamblea General de la ONU, en Nueva York, donde en septiembre de 1996 fue aprobado

desarme nuclear total, la extensión *sine die* del TNP. Se adoptaron también tres documentos básicos: reiteración de principios y obligaciones fundamentales de los Estados miembros del TNP, incluidos el desarme nuclear y el compromiso de todas las partes de terminar con los ensayos nucleares en 1996; “enérgico” llamado para revisar el sistema de verificación del proceso de desarme, y una iniciativa de 14 Estados árabes para establecer una zona libre de armas nucleares en el Medio Oriente, con la adhesión de “todos los Estados, sin excepción, de la región” (Estados Unidos se opuso a la mención directa de Israel). Con el acceso formal de Argentina al TNP (a partir del 14 de febrero de 1995, aunque el Congreso de ese país había ratificado su ingreso desde diciembre de 1994), solamente quedan fuera de dicho instrumento para contener la proliferación de armas nucleares: Israel, India y Pakistán, de los países con capacidad efectiva para ensamblar artefactos nucleares. Sudáfrica se unió al TNP en 1991, y en 1993 decidió voluntariamente destruir su capacidad militar nuclear. Cuba tampoco ha ingresado al TNP, pero no es un país en el “umbral militar nuclear”, además de que suscribió el 25 de marzo de 1995 el Tratado de Tlatelolco; a pesar de un acuerdo inicial para hacerlo conjuntamente con Argentina, Brasil tampoco ha ingresado al TNP. Véase Paulo S. Wrobel, “Brazil and the NPT: Resistance to Change?”, *Security Dialogue*, vol. 27, núm. 3, septiembre de 1996, pp. 337-347. Las ex repúblicas socialistas que quedaron con posesión de armas nucleares (Belarús, Kazajstán y Ucrania) son todas miembros del TNP.

por 158 votos a favor y tres en contra. La interpretación de algunos medios de comunicación es que sin el consentimiento de India, el CTBT nunca podrá convertirse en ley.²⁸

En realidad, el CTBT enfrenta muchas más dificultades que el veto indio para entrar en vigor y para funcionar de manera efectiva. El hecho de que las cinco potencias nucleares hayan impulsado el tratado y tomaran la decisión de suspender en forma unilateral ensayos nucleares futuros,²⁹ coloca a los tres países en el “umbral militar nuclear” —India, Israel y Pakistán— en la difícil situación de manifestarse políticamente acerca del asunto. Israel y Pakistán, por su parte, dijeron que apoyaban el tratado, aunque continúan rehusándose a ingresar al TNP; India, junto con Irán que aún no está en el umbral pero tiene ambiciones de poseer capacidad militar nuclear, se opusieron abiertamente a la conclusión del CTBT, con lo cual fueron acusados (sobre todo India) de vetar su funcionamiento obligatorio internacional.

Para que el CTBT tenga pleno vigor jurídico, se requiere que los 44 países que cuentan con instalaciones nucleares en sus territorios (para usos pacíficos o militares, fines operativos o experimentales) lo hayan suscrito, ratificado y hecho ordenamiento interno. En el supuesto caso de que ese requisito se cumpliera, su vigencia queda trabada hasta en tanto India (y probablemente Irán, que posee reactores experimentales y material radioactivo) mantenga su oposición. El otro gran problema es la instalación de un complejo y costoso sistema de vigilancia y “monitoreo” del cumplimiento del acuerdo que, si “sigue en el limbo (jurídico) de aquí a tres años”,³⁰ lo único que podría hacerse es que cada nación signataria adopte voluntariamente un sistema provisional de vigilancia internacional sobre sus actividades internas en materia nuclear.

²⁸ Ver, entre otros comentarios, “Zero yield”, *Feer*, 29 de agosto 1996, pp. 14-15 y “Regional Briefing”, *Feer*, 19 de septiembre de 1996, p. 13.

²⁹ La llamada “opción cero”, impulsada por Estados Unidos con el apoyo inicial de Rusia, postula una prohibición total de ensayos subterráneos (ya existía la prohibición parcial de pruebas: en la superficie terrestre, las submarinas y en el espacio extraterrestre) en contra de la propuesta de permitir explosiones experimentales de hasta un máximo de un kilotón de potencia. En 1995 logró el apoyo de Gran Bretaña, Francia y China. Estos dos últimos países reanudaron sus ensayos nucleares antes de una nueva moratoria que habían convenido las cinco potencias. Francia efectuó ocho pruebas antes de asumir la moratoria, todas en el Atolón de Mururoa, lo que provocó fuertes protestas de los países del área y de los miembros del Tratado de Rarotonga (con ello, suman 212 los ensayos hechos por Francia desde 1960, primero en el Sahara y después en el Pacífico); por su parte, China llevó a cabo cinco pruebas nucleares en su base de Lop Nor, Xinjiang, entre 1995 y mayo de 1996, antes de entrar en moratoria voluntaria (46 ensayos desde que los comenzó en 1964, todos en territorio chino). Datos tomados de *Keesing's Record of World Events*, pp. 40385 y 40577; y *Keesing's 1996...* op. cit., pp. 40931, 40026, 40930/1, 41048, 410979/9.

³⁰ “Test ban: Not for all”, *The Economist*, 14-20 de septiembre de 1996, p. 46.

En suma, mientras India ha adoptado una diplomacia activa contra los acuerdos internacionales sobre no proliferación de armas nucleares, para la cual ha emprendido una verdadera cruzada nacional de oposición a lo que los políticos indios consideran un complot internacional contra su país,³¹ y ha ratificado su determinación soberana de prepararse técnicamente para disuadir a China y Pakistán de cualquier potencial ataque nuclear, esta última nación se escuda en el argumento de que en tanto India no suscriba los convenios internacionales de no proliferación y prohibición de pruebas nucleares, ella también se abstendrá de hacerlo, reservándose la opción de contar con su propia fuerza militar nuclear, para un caso extremo.

Por otro lado, tanto India como Pakistán afirman no tener intención alguna de producir armas nucleares, a la vez que ambas siguen con sus respectivos programas para reprocesar combustibles radiactivos, enriquecer otros y contar con otros elementos requeridos en cualquier esquema de fabricación de armas nucleares. Un caso visible de esta determinación es el paquistaní que, a diferencia del caso indio, tecnológicamente más autosuficiente, tiene necesidad de obtener en el exterior insumos básicos, por ejemplo, anillos magnéticos esenciales para el enriquecimiento de combustible. China ha sido el país que aparentemente suministra estos elementos y ofrece a Pakistán apoyo tecnológico de características duales: para uso pacífico o militar.

Esa última situación ha provocado fricciones entre Estados Unidos y Pakistán, las cuales se traducen en la suspensión de armamentos y equipo aeronáutico que Islamabad ya había comprado a su amigo y aliado, en las postrimerías de la guerra fría. La enmienda Pressler (Larry Pressler, senador republicano de Dakota del Sur), de 1985, del Congreso estadounidense, obliga al gobierno a certificar anualmente que Pakistán ni posee ni trata de poseer artefactos explosivos nucleares. En 1990, George Bush fue el primer presidente cuya administración tuvo que concluir que Islamabad había violado la condición de no proliferación y le suspendió la asistencia militar.

El malestar que tal medida causó en Pakistán fue grande, toda vez que durante la guerra de Afganistán se había logrado la autorización de venta a

³¹ El ultranacionalista Bharatiya Janata, único partido político que abiertamente propone la fabricación de armas nucleares, fue sustituido después de su fugaz gobierno, por una coalición de partidos minoritarios encabezada por el actual primer ministro, Deve Gowda, quien afirmó, el 15 de agosto de 1996, en su discurso del día de la independencia, que India no aceptaría un tratado de prohibición de ensayos nucleares como el diseñado hace 42 años por las potencias nucleares, y que él no “aceptaría acuerdos que comprometan la seguridad nacional”. En general, los políticos de línea dura contra el CTBT afirman que sólo se trata de una estrategia de Estados Unidos para “no solamente preservar su hegemonía nuclear, sino también para castigar a la India” Véase *Feer*, 29 de agosto de 1996, p. 14.

Islamabad de 40 F-16 y se habían pagado 650 MDD por 28 de esos modernos aviones; sin embargo, su entrega se suspendió en 1990, ni siquiera la devolución del dinero ha sido posible porque se entrega directamente a los fabricantes para que construyan sobre pedido. En octubre de 1995, el gobierno de la entonces primera ministro Benazir Bhutto y el presidente William Clinton desplegaron un buen cabildeo y el Congreso estadounidense aprobó la transferencia de equipo militar y refacciones a Pakistán por 368 MDD, pero no hubo información alguna sobre los 28 aviones F-16. En los últimos meses, se han reactivado las negociaciones para levantar la suspensión de la ayuda militar estadounidense a Pakistán, sin resultados aún positivos.

Conclusiones

Desde una perspectiva global, los reajustes políticos que se han producido de fines de 1991 a la fecha en la parte central y meridional de Asia ponen en juego dos reacciones estratégicas principales: la rusa y la estadounidense “occidental”.

Por lo que respecta a la primera, es evidente que después de un periodo de relativa parálisis de Moscú, durante el cual la única iniciativa importante de política exterior, posterior a la debacle soviética, fue el establecimiento de la CEI, comienza a desarrollarse un claro esfuerzo hacia el llamado “exterior cercano”, cuyo objetivo último es una mayor integración de la CEI bajo un indisputado liderazgo de Rusia. No está aún claro si Moscú podrá restablecer el dominio territorial que la URSS tenía o si simplemente logrará mantener a las otras 11 repúblicas independientes (quedarían fuera Estonia, Lituania y Letonia) como inobjetable esfera de influencia rusa.

En el flanco sur, es decir las regiones del Cáucaso y de Asia Central, los rusos necesitan mantener un claro control de cuantiosos recursos naturales, entre ellos los hidrocarburos, el acceso a las aguas templadas de los mares Negro y Caspio y la ruta indirecta al Golfo Pérsico. Por ello, les es indispensable contrarrestar o minimizar la influencia de dos potencias regionales musulmanas —Irán y Turquía—, las cuales han visto, de todas formas, reducidas sus posibilidades de expansión política en la zona. Debido al acoso estadounidense y al avance de los musulmanes fundamentalistas sunnitas de Afganistán, Irán ha venido adoptando una pragmática diplomacia de acercamiento hacia Rusia, lo cual se ha reflejado en la neutralidad iraní en el conflicto tayik y el apoyo a Kazajstán a fin de limitar las ambiciones de predominio regional de Uzbekistán, disfrazadas bajo el manto de un “turkistanismo” que satisfaría el viejo sueño turco de unir a tribus cuyas lenguas tienen un tronco

histórico común. Rusia, Kazajstán, Armenia e Irán coinciden en la necesidad de frustrar todo intento de resurgimiento de un frente de naciones de habla turcomana.

Por otra parte, Rusia, China e Irán enfrentan la presión de Estados Unidos y sus aliados cercanos: en el caso de Rusia está la preocupación de verse cercada por la expansión de la OTAN en Europa Central y por el “turkistanismo” del sur de sus fronteras asiáticas. China resiste las imposiciones comerciales, políticas e ideológicas de Estados Unidos. Irán está amenazado de sufrir, orquestado por Washington, un total aislamiento.

La vertiente estadounidense “occidental” (este último concepto incluye, además de Japón y la UE, a países como Turquía, Pakistán, Arabia Saudita y otros del Golfo Pérsico) ha ido estableciendo una acción en Asia Central y Meridional tendiente a neutralizar cualquier avance del llamado fundamentalismo musulmán, definido por Washington como una tendencia inspirada y alentada por Teherán. El hecho de que los estadounidenses solapen la expansión de los talibanes en Afganistán, simplemente por ser enemigos del régimen iraní, muestra la enorme confusión táctica y hasta conceptual que existe en el gobierno de Estados Unidos sobre la naturaleza del islam en Asia Central.

La evolución del conflicto afgano, la guerra civil en Tayikistán y la intención de aislar a los ayatolas iraníes está llevando a la conformación de una peculiar alianza entre Estados Unidos, los países árabes petroleros del Golfo Pérsico, Pakistán, los talibanes afganos, Turquía y Uzbekistán, que se contraponen al otro conjunto de intereses (Rusia, China, Kazajstán y, en menor medida, Turkmenistán e India).

Esas convergencias de intereses aún no desembocan en alianzas formales y es probable que ello no ocurra en el futuro inmediato. Hay, incluso, una gran fluidez en la configuración de las alianzas informales, que se estarán modificando en forma constante como ya ha ocurrido en los últimos años. Para los países de Asia Central, será un motivo continuo de preocupación internacional el quedar en medio de dos potencias que por ahora se han tácticamente acercado, pero que tienen entre ellas factores potenciales de conflicto; se trata de Rusia y China. Hacia el interior de la región asiático-central, Kazajstán (que tiene la mayor población rusa), Kirguistán y Tayikistán seguirán tratando de frenar las ambiciones hegemónicas de Uzbekistán y el “pan-turcomanismo” de sus dirigentes. Por otro lado, a Rusia le interesará fortalecer la comunidad de intereses de nacionalidades de habla turcomana y farsi, en una zona cultural que Arnold Toynbee caracterizó como “iranico-islámica”.³²

³² Para un reciente y condensado análisis de los reajustes políticos y sus tendencias en la región, véase Shireen T. Hunter, “Forging Chains across Euroasia”, *The World Today*, diciembre de 1996, pp. 313-316.

Anexo

1. Asia Central

Repúblicas	Territorio km ²	%	Población miles	%	Densidad hab/km ²
Kazajstán	2 217 300	63.45	17 100	31.20	7.71
Kirguistán	198 500	5.68	4 700	8.58	23.68
Tayikistán	143 100	4.10	6 100	11.13	42.63
Turkmenistán	488 100	13.97	4 100	7.48	8.40
Uzbekistán	447 400	12.80	22 800	41.61	50.96
Total	3 494 400	100.00	54 800	100.00	15.68

Fuente: *Kearney's Record of World Events 1996*, pp. E73, E74, E83, E84 y E85.

2. Asia Central: etnias

Población total (1995)	54 800 000 (absolutos)	100.00 (relativos)
Rusos	9 845 200 (64% en Kazajstán)	17.97
Kazacos	7 246 900 (99% en Kazajstán)	13.22
Uzbekos	19 138 600 (85% en Uzbekistán)	34.92
Kirguizios	2 462 800 (100% en Kirguistán)	4.49
Tayis	5 030 500 (78% en Tayikistán)	9.18
Turcomanos	3 005 300 (100% en Turkmenistán)	5.48
Ucranianos	1 006 700 (88% en Kazajstán)	1.84
Alemanes	916 500 (88% en Kazajstán)	1.67
Tátaros	889 200 (62% en Uzbekistán)	1.62
Otros	5 266 280	9.61

Fuente: Cálculo con base en los totales de *Kearney's Record of World Events 1996*, pp. E73, E74, E83, E84 y E85. *U.S. Census Bureau*, *U.S. Census Bureau*, pp. 145-185.

3. Asia Central: datos básicos

Kazajstán. Capital: Almaty (antes Alma Ata). Idioma oficial: Kazajo (lengua túrquico-mongola). Religión: islam y cristianismo. Fuerzas armadas: ejército 63 000 bajo comando conjunto CEI, armamento nuclear (MBIC), fuerza aérea: 40 bombarderos y guardia nacional en formación: 5 000 efectivos.

Jefe de Estado: presidente Nursultan Nazarbayev; partido gobernante, Congreso Kazako de la Unidad Popular de Kazajstán.

Indicadores económico-sociales 1996:

PIB: 1.8 billones *tenge*, 24 900 MDD.

PIB *per capita*: 1 500 dólares.

Crecimiento de la población: 0.6%.

Crecimiento PIB: 1996: 1%; est. 1997: 3%.

Inflación: 1996: 39%; est. 1997: 25%

Deuda externa (1993): 1 639.6 MDD.

Inversiones extranjeras directas: 1993, 228 MDD; 1996, 1 100 MDD.

El presidente Nursultan Nazarbayev ejerce firmemente el poder central; ha neutralizado al Parlamento y puesto a la oposición bajo estricta vigilancia por parte de los órganos internos de seguridad.

Las empresas rusas han obtenido lucrativas concesiones en minerales, a cambio de ofrecer garantías rusas a la seguridad de Kazajstán, lo cual puede frenar o hacer más lenta la llegada de capital extranjero no ruso.

El ascenso en la producción de petróleo estimulará el crecimiento real del ingreso nacional. A pesar de las presiones inflacionarias, el Banco Central ha logrado cierta estabilización del tipo de cambio (72.29 *tenge* por dólar).

Kirguistán. Capital: Bishkek (llamada Frunze 1926-1991). Idioma oficial: Kirghiz (lengua túrquico-mongola). Religión: islam. Fuerzas armadas: ejército 8 000 bajo comando conjunto de la CEI y guardia nacional en formación: 5 000 efectivos.

Jefe de Estado: presidente Askar Akayev; partido gobernante: Movimiento Democrático de Kirguistán.

Indicadores económico-sociales:

PIB (1993): 3 915 MDD.

PIB *per capita* (1994): 610 dólares

Inflación (1994): 278%

Deuda externa: 308.3 MDD.

Tipo de cambio (29 dic. 1995): 11.15 *som* por dólar.

Tayikistán. Capital: Dushanbe. Idioma oficial: tadjik (lengua farsi). Religión: islam (mayoría sunnita), cristianismo y judaísmo. Fuerzas armadas: 25 000 tropas rusas, alrededor de 2 000 tropas uzbekas, kazakas y kirguizias, fuerzas rebeldes estimadas en 5 000 efectivos con bases en Afganistán.

Jefe de Estado: presidente Imamoli Rakhmanov.

Partido gobernante: Partido Comunista de Tayikistán.

Indicadores económico-sociales:

PIB (1993): 2 520 MDD.

PIB *per capita* (1994): 350 dólares.

Inflación (1994): 350%.

Deuda externa (1993): 41.5 MDD.

Turkmenistán. Capital: Ashkhabad. Idioma oficial turcomano (túrquico de las tribus Orgoz). Religión: islam. Fuerzas armadas: ejército de 34 000 efectivos bajo comando conjunto de la CEI.

Jefe de Estado: presidente Saparmurad Niyazov.

Partido gobernante: coalición del Partido Democrático Turcomano (ex comunista) y el PTD rama Niyazov.

Indicadores económico-sociales:

PIB (1993): 5 156 MDD.

PIB *per capita* (1994): est. entre 726 dólares y 2 895 dólares.

Inflación (1994): 2 611%.

Deuda externa (1993): 9 MDD.

Tasa de cambio (31 de dic. 1994): 10 *manat* por dólar.

Uzbekistán. Capital: Tashkent. Idioma oficial: uzbeko (lengua túrquica, pero población de cultura persa). Religión: islam (mayoría sunnita). Fuerzas armadas: ejército de 15 000 efectivos bajo comando conjunto de la CEI, fuerzas nacionales, 1 brigada (700 efectivos).

Jefe de Estado: presidente Islam Karimov.

Partido gobernante: Partido Popular Democrático.

Indicadores económico-sociales:

PIB (1993): 20 425 MDD.

PIB *per capita* (1994): 950 dólares.

Inflación (1994): 1 433%.

Deuda externa (1993): 739.3 MDD.

Tasa de cambio (29 dic. 1995) 35.9 cupones *som* por dólar.

Uzbekistán fue en la antigüedad provincia persa con el nombre de Sogdiana, conquistada por Alejandro s. IV a.C.

Fuente: Estimaciones hechas con base en datos del *Keesing's Record of World Events 1996*; y de *The World in 1997*, The Economist Publications, diciembre de 1996.
